

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO: 11
Padre Arnaldo Bazán

“Les digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio. Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado”(12,36-37).
Con frecuencia los seres humanos olvidamos que lo que sale de nuestros labios, más bien de nuestras cuerdas vocales, puede ser para bien o para mal.

Una palabra puede ser causa de tentación y de caída, de provocación o amistad, de ofensa o perdón. Y a veces hablamos y hablamos, sin detenernos a pensar cuántas palabras ociosas estamos pronunciando a lo largo del día.

La Escritura es rica en advertencias sobre la importancia de las palabras. Veamos algunas: "El justo odia la palabra mentirosa, pero el malo infama y deshonra" (Proverbios 13,5).

"Una respuesta suave calma el furor, una palabra hiriente aumenta la ira" (Idem 15,1). "Quien habla sin tino, hiere como espada; mas la lengua de los sabios cura" (Proverbios 12,18).

Podríamos citar muchísimas más. Y es que el Señor nos ha dado el don de la palabra para que lo usemos bien.

Hay personas que no paran de hablar. A éstos, ciertamente, sólo les harán caso los tontos. Ya lo dice un refrán español: "Quien mucho habla, mucho yerra".

Los sabios no han logrado serlo por hablar, sino por escuchar y estudiar. Y lo mismo podríamos decir de los santos, que han estado apegados a la Palabra de Dios para por ella dirigir sus vidas.

Hasta para orar algunos son exagerados en sus formas de hablarle a Dios, como nos advierte el propio Jesús: "Y al orar, no charlen mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados"(Mateo 6,7).

El silencio es una virtud. Nadie ha llegado a santo ni a sabio hablando demasiado. Para orar, estudiar y escuchar se requiere que nuestras palabras sean pocas, para no impedir que lo que oramos, estudiamos o escuchamos nos haga provecho.

El apóstol Santiago nos transmite algo aprendido de su Divino Maestro: "Así también la lengua es un miembro pequeño y puede gloriarse de grandes cosas. Miren qué pequeño fuego abrasa un bosque tan grande. Y la lengua es fuego, es un mundo de iniquidad; la lengua, que es uno de nuestros miembros, contamina todo el cuerpo y, encendida por la gehenna, prende fuego a la rueda de la vida desde sus comienzos. Toda clase de fieras, aves, reptiles y animales marinos

pueden ser domados y de hecho han sido domados por el hombre; en cambio ningún hombre ha podido domar la lengua; es un mal turbulento; está llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios, de una misma boca proceden la bendición y la maldición"(Santiago 3,5-8).